



Homilía

para la Memoria de San Bernabé Apóstol al cierre del Consejo Plenario de la Orden

Santa María de los Ángeles, 11 de junio de 2025

Queridos hermanos y hermanas,

Hoy celebramos aquí en Santa María de los Ángeles, al concluir el Consejo Plenario de la Orden, la memoria de san Bernabé, el apóstol que tal vez conocemos menos pero que tiene mucho que enseñarnos. Su nombre significa “hijo de la consolación” y esto ya nos dice mucho: era alguien que sabía ver lo bueno en los demás, que animaba, que hacía renacer la esperanza. Una figura humilde que acompañó los inicios de la Iglesia, sin ponerse nunca en el centro.

La humildad que reconoce los dones

Recordemos lo que nos cuenta san Lucas en el libro de los Hechos: en Antioquía está sucediendo algo extraordinario. Los paganos, aquellos que nunca habían entrado en una sinagoga, están abrazando el Evangelio. La Iglesia de Jerusalén envía a Bernabé para ver qué está sucediendo. Y él, cuando llega, en lugar de preocuparse o poner obstáculos, **se alegra**. Ve la gracia de Dios obrando y se desborda de alegría.

Sin embargo, Bernabé hace algo más. Se acuerda de aquel joven apasionado que había conocido años atrás: Saulo de Tarso, el que antes perseguía a los cristianos. Muchos todavía desconfiaban de él. No obstante Bernabé había visto algo en los ojos de Pablo, había reconocido sus dones. Y entonces hace algo revolucionario: va a buscarlo a Tarso.

Bernabé caminando por las calles de Tarso, preguntando: “¿Dónde está Pablo? Lo necesito para anunciar el Evangelio a los paganos”. ¡Qué humildad! ¡Qué sabiduría! No temía ser opacado por alguien más joven y brillante que él. Había entendido que la misión es más grande que nuestros egos.

De dos en dos, como pide Jesús

Y así comienza su predicación **de dos en dos**, tal como Jesús había pedido en el Evangelio que acabamos de escuchar. No solos, no como lobos solitarios, sino juntos. Porque el Evangelio se anuncia en fraternidad, en la relación, en la complementariedad de los dones.

Y lo hacen con **gratuidad**: “Gratis lo has recibido, gratis debes dar”, dice Jesús. Nada de oro, nada de plata, nada de alforjas pesadas. Solo lo esencial: la paz de Cristo para llevar a las casas, la Palabra que sana, la presencia que consuela.



Comenzar de nuevo de dos en dos en nuestro tiempo

Queridos hermanos, muchos de nosotros vivimos en lugares donde la Iglesia es cada vez más marginal. Ya no estamos en el centro de la sociedad, a menudo nuestra voz parece no interesar a nadie. Es fácil desanimarse, replegarse sobre nosotros mismos, quejarse de que “antes era diferente”.

Pero es precisamente aquí donde san Bernabé nos muestra el camino: **comenzar de nuevo de dos en dos**. No solos, no en grandes estructuras que hacen ruido y no dan vida. De dos en dos, en pequeñas fraternidades que eligen nuevamente el Evangelio como centro de su vida.

Como Bernabé, estamos llamados a **aligerar nuestras cargas**. ¡Cuántos pesos innecesarios llevamos! ¡Cuántas estructuras que una vez sirvieron y hoy se han vuelto jaulas! ¡Cuántos “oros, platas y alforjas” que nos frenan en el camino! El Evangelio nos pide libertad, ligereza, agilidad para llegar a los “areópagos” de nuestro tiempo: los lugares donde la gente vive, sufre, espera.

Preguntas para el camino

También las estructuras de nuestra Orden existen para la vida y el anuncio del Evangelio. Lo demás es secundario. Entonces, queridos hermanos, permítanme hacerles algunas preguntas que también me hago a mí mismo:

¿Sabremos liberarnos de tantos pesos innecesarios para redescubrir la libertad y la frescura de nuestra vocación? ¿Sabremos motivarnos nuevamente para responder al llamado según nuestro carisma, dejando caer lo que ya no sirve?

¿Sabremos creer que nuestro carisma está vivo y espera serlo aún más hoy, a través de nuestra respuesta humilde y valiente?

Como Bernabé, podemos tener el valor de ir a buscar a los “Pablos” de nuestro tiempo: los jóvenes que tienen fuego en el corazón y que nadie los valora; las personas heridas que podrían convertirse en testigos extraordinarios; quienes tienen talentos ocultos que solo esperan ser reconocidos, los buscadores de Dios de nuestro tiempo, que a menudo no saben a quién ni cómo buscar.

La paz que llevamos

El Evangelio nos dice: *“Si esa casa es digna, que vuestra paz descienda sobre ella”*. La paz que llevamos no es nuestra, es de Cristo. Es esa paz que nace de la certeza de que seguir al Señor Jesús nos da libertad, no cadenas.



En estos días de fraternidad, búsqueda y oración común que hemos vivido juntos, hemos experimentado el don de ser Iglesia. Ahora volvemos a nuestras tierras, y no como vinimos. Volvemos llevando esta palabra de paz y libertad a nuestros hermanos y a muchos más.

Conclusión

San Bernabé nos enseña que la grandeza no está en el protagonismo, sino en saber reconocer y hacer crecer los dones de los demás. La verdadera autoridad evangélica es la de quien sabe hacerse a un lado para que Cristo crezca, de quien sabe ir a buscar los talentos ocultos para ponerlos al servicio del Reino.

Como él, elegimos la gratuidad frente a la lógica del lucro. Como él, elegimos la sencillez frente a la acumulación inútil. Como él, elegimos la fraternidad frente al individualismo.

Y como escribe san Pablo: “Anunciaré a los hermanos la salvación del Señor”. Esta es nuestra alegría, esta es nuestra tarea, esta es nuestra paz.

Amén.

Fr. Massimo Fusarelli, OFM

Ministro general